

MIGUEL MORÁN TURINA: *LA MEMORIA DE LAS PIEDRAS. ANTICUARIOS, ARQUEÓLOGOS Y COLECCIONISTAS DE ANTIGÜEDADES EN LA ESPAÑA DE LOS AUSTRIAS*. Madrid, CEEH (Centro de Estudios Europa Hispánica), Colección Confluencias, 2010, 451 páginas.

Han transcurrido ya cuatro décadas y creo que resulta oportuno recordarlo con ocasión del libro que reseño en estas páginas. Transcurrían los últimos años de la década de los sesenta y primeros de los setenta. En la universidad española brotaron dos fiebres historiográficas venidas de los grandes historiadores franceses y anglosajones. En la Historia a secas era el cuantitativismo, obsesivamente adoptado por todos los jóvenes historiadores españoles. Era la época en que la llamada “escuela francesa” [sic] despertaba furor en todo el que quisiera preciarse de moderno. Daba lo mismo que fueran churras o merinas, que se tratara de grandísimas figuras de la historiografía gala hispanista o americanista del siglo XX (Braudel, Bataillon, Chevalier, Chaunu, Ricard, Defourmeaux, Sarrailh, etc.) o de historiadores de quinto rango místicamente obsesionados en cuantificar hasta los suspiros o las decepciones

de toda una generación de historiadores. Afortunadamente, esta fiebre pasó.

En el plano de la Historia del Arte se planteaba otra propuesta fácilmente asimilada (más como anhelo que como realidad) por los jóvenes historiadores del arte: era la *Historia Social de la Literatura y el Arte*, título de la obra del historiador del arte judío, de origen húngaro, Arnold Hauser (1892-1978), un libro que pronto se convirtió en una monografía talismán, auténtico buque insignia, de una nueva corriente historiográfica que iba a enterrar de una vez por todas el habitual descriptivismo neorranquista imperante hasta ese momento. Se partía de una idea básica: la imagen, el testimonio material y la obra de arte constituían el *lenguaje* con el que se expresaba culturalmente una sociedad en el seno de unas estructuras políticas, económicas y administrativas muy precisas, manifestando todo un código de valores culturales, religiosos y estéticos. Furor comenzó a producir entre esa nueva generación de historiadores del arte tanto la obra ya citada de Hauser como los estudios pioneros de Pierre Francastel, Erwin Panofsky, Giulio Carlo Argan, Manfredo Tafuri, Leonardo Benévolo, Victor-Lucien Tapié, Francis Haskell, Antonio Bonet Correa, Santiago Sebastián, Julián Gállego, Damián Bayón o Graziano Gasparini, estos últimos dentro de la órbita de la historiografía españolas o hispanoamericana.

Han transcurrido cuarenta años y estadísticamente sigue predominando en nuestro país la producción descriptivista. Pero algunos historiadores de aquella generación y de la generación siguiente (porcentualmente minoritarios dentro de los que cultivan esta disciplina) se enfrascaron en la apasionante y novedosa experiencia de transitar por estas nuevas andaduras. El autor de la monografía que hoy reseño es una de ellos, Miguel Morán Turina, muy vinculado a la ciudad de Sevilla por ser nieto del nuestro músico más universal, Joaquín Turina (1882-1949), y biznieto del gran pintor Joaquín Turina y Areal (Sevilla, 1847-1903).

En el congreso dedicado a *La Collection d'antiquités en France aux XVIIIe et XIXe siècles*, celebrado en la ciudad gala de Montpellier en junio de 1988, el gran historiador del arte británico Francis Haskell —como nos ha recordado recientemente Gloria Mora— se interesó por la actividad investigadora de dos jóvenes

investigadores españoles: el propio Morán Turina y Fernando Checa Cremades, que no habían asistido a dicho congreso, pero cuyas obras ya empezaban a ser conocidas fuera de nuestras fronteras. Han pasado los años y la producción de Fernando Checa y de Miguel Morán Turina, ahí está. Sólo me es posible en estas líneas afirmar que se trata de dos auténticos pioneros, dentro de su generación, en esta línea de trabajo marcada por los referidos grandes maestros.

El libro de Turina que hoy comento es buena muestra de lo dicho. Centrada temáticamente en la evolución en nuestro país de los estudios arqueológicos y el coleccionismo de antigüedades en la España de los Austrias, esta monografía se sitúa claramente en la senda marcada por Francis Haskell, concretamente en dos de sus más trascendentales monografías *El gusto y el arte de la Antigüedad* (Alianza, 1990) y *El museo efímero. Los maestros antiguos y el auge de las exposiciones artísticas* (2002). Para afrontar tal proyecto investigador, necesariamente multidisciplinar, el autor manifiesta talento, capacidad de trabajo, imaginación (que suele estar asociada con el talento) y erudición, mucha erudición en muy distintos campos del saber. Y hago uso de este último término en su sentido más profundo y científico, como lo hace el Diccionario de la RAE en sus tres lacónicas pero significativas acepciones del término *erudición*: 1. Instrucción en varias ciencias, artes y otras materias, 2. Amplio conocimiento de los documentos relativos a una ciencia o arte, 3. Lectura varia, docta y bien aprovechada. No se trata de predicar sobre los estudios interdisciplinarios, sino de llevarlos a la práctica. Y la obra de Morán Turina es una prueba palpable de lo dicho. En su libro -valga la expresión, tomada de su título- las piedras hablan a través de la memoria de unos testimonios materiales (impresos, pictóricos, escultóricos y arquitectónicos) que expresan el código de valores culturales y estéticos de unos grupos sociales privilegiados que marcaron todo un momento histórico en nuestro país.

Se distribuye el contenido del libro en diez extensos capítulos, con la natural referencia a los precedentes medievales y la propia historia del coleccionismo de antigüedades en España. Hay interés por los restos artísticos legados por nuestro pasado musulmán y visigodo. Pero sobresale siempre en esta etapa de

los habsburgo españoles la obsesión por toda la creación plástica de la vieja Roma y por el arte italiano en general, que tanto marcó nuestra creación artística hispana. Pero yo destacaría en la obra tres capítulos: los dedicados a Felipe II, al Rey Planeta y a las grandes casas nobiliarias españolas, que, dentro de su código cortesano de comportamiento, manifiestan siempre claras actitudes y conductas imitativas con respecto a las aficiones artísticas y las preferencias coleccionistas del monarca de turno, como es el caso de los duques de Alcalá, para cuyo estudio Miguel Morán aprovecha e integra en su visión de conjunto los espléndidos trabajos que el investigador sevillano Vicente Lleó Cañal realizara sobre la Casa de Pilatos y el coleccionismo de la alta nobleza sevillana.

Y una referencia obligada a la edición del libro, publicado por el Centro de Estudios Europa Hispánica (CEEH), ya que, para no tratarse de un libro a gran formato (el clásico modelo de catálogo de exposición), la presentación de la obra reseñada resulta suntuosa, una auténtica obra de arte. A lo largo de sus 450 páginas, impresas en espléndido papel mate de nivea claridad (los papeles de tonos cremas en los libros de arte, digan lo que digan, matan o amortiguan siempre los matices tonales), se reproducen en color y en blanco y negro 176 figuras (dibujos, grabados, lienzos, restos arqueológicos, etc.) con una gran definición de imagen, algo que no siempre se consigue en un libro de arte. Y ello, con una equilibrada y original maquetación que permite la doble y simultánea lectura de la obra: la textual y la iconográfica, ya que las dos forman un todo unitario a la hora de transmitir al lector el riquísimo contenido del libro.

Ramón María Serrera